

El manuscrito de Otelo.

Legado de pasión y de celos en las manos de Desdémona



Nada más humano hay que desear ahondar en lo humano, y ¡qué deseo hay más profundamente humano que las pasiones y todo lo que éstas desencadenan y al mismo tiempo encadenan!

Sentimientos que vuelan fuera de sí, que huyen descontrolados al encuentro de otros diablos.

Sentimientos que, por ser ciegos, son capaces de ver más allá de la realidad, desde los confines de la sospecha y el recelo que inspiran a la imaginación hambrienta.

Sentimientos desbocados cuan caballo enloquecido por un bosque de tinieblas...

Los celos...

Aquellos que afirman que sin celos no hay amor, yerran al confundir "amor" con "amor propio", con egoísmo, con vanidad. Alguien definió los celos como *"mezcla explosiva de amor, odio, avaricia y orgullo"*. (1)

Amor como descontrolada pasión.

Odio como hijo vengativo de la envidia.

Avaricia como afán de posesión por creerse merecer todo por

orgullo, como vaga compensación del ser inseguro, que vive de cara y no de corazón, y que no se ama a sí mismo en la medida en que se compara.

Los celos:

Víctima y sepulcro del Amor.

“Monstruo de ojos verdes que se burla de la carne de la que se alimenta”.

Sola me hallo; sola esperándote y a mi destino.

Sola. Con una carta tuya entre las manos.

“¡Oh, qué condenados minutos cuenta el que idolatra y, no obstante, duda; quien sospecha y, sin embargo, ama profundamente!”

Otelo, mi señor, ante las insinuaciones de Iago quisiste mostrar fortaleza, ¿tratando qué? ¿acaso tratando de convencerte a ti mismo, tratando de negar a tu alma que el temor y la sospecha la estaban envolviendo, en ese mismo instante, con su capa de oscuridad intensa?

“¡Qué! ¿Qué es eso? ¿Crees que habría de llevar una vida de celos, cambiando siempre de sospechas a cada fase de la luna? No, una vez que se duda, el estado del alma queda fijo irrevocablemente. Cámbiame por un macho cabrío el día en que entregue mi alma a sospechas vagas y en el aire, semejantes a las que sugiere tu insinuación. No me convertiré en celoso porque se me diga que mi mujer es bella, que come con gracia, gusta de la compañía, es desenvuelta de frase, canta, toca y baila con primor. Donde hay virtud, estas cualidades son más virtuosas. Ni la insignificancia de mis propios méritos me hará concebir el menor temor o duda sobre su infidelidad, pues ella tenía ojos y me eligió. No, Iago, será menester que vea, antes de dudar; cuando dude, he de adquirir la prueba; y adquirida que sea, no hay sino lo siguiente..., dar en el acto un adiós al amor y a los celos”.

El Amor engendra los celos y los celos devoran al Amor. Apenas unos minutos para que caiga el telón. En el último acto, dirás efectivamente adiós primero al amor, y después a los celos...

Puedo imaginar la tinta deslizándose presta por el papel de esta carta. Tu pasión se refleja en ella de mano tan firme... Abocada hacia tu horizonte del margen, sin resuello ni respiro, punzantes las barras y avanzados los acentos, ligeros voladizos de imaginación despierta y danzante, impaciente e inquieto desvelo lanzando los finales de línea, como queriendo abarcar y poseer ...¿qué?, ... ¿a mí, a todo lo que esté o no a tu alcance, o a ti mismo?

El conjunto de esta carta que acaricio me estimula tanto como tenerte, con tu ardor, con tu furia, con tus celos. Dibujo con el dedo sobre la inicial "O" de tu nombre. Es tan redonda como engreída, sobrealzada sobre el resto con prestancia, pero no se atreve a preguntar quién eres por temor a una respuesta indeseada. Hermana mayor del resto de mayúsculas altas, ligeras, impetuosamente ligadas y ampulosas como las crestas de las olas en un mar embravecido...

... no puedo dejar de mirar tus letras, que me envuelven.

Faltan apenas unos minutos para que acabe la función,
para que una espesa tela caiga,
para que puedas decir adiós a los celos y al amor.

"¡He ahí la causa! ¡He ahí la causa, alma mía!... ¡Permitidme que no la nombre ante vosotras, castas estrellas!... ¡He ahí la causa!... Sin embargo, no quiero verter su sangre, ni desgarrar su piel, más blanca que la nieve, y tan lisa como el alabastro de un sepulcro. Pero debe morir o engañará a más hombres.- ¡Apaguemos la luz, y después apaguemos su luz! Si te extingo, agente de la claridad, y me arrepiento en seguida, podré reanimar tu primitiva llama; pero una vez tu luz extinta, ¡oh, tú, el modelo más acabado de la hábil naturaleza!, no sé dónde está aquel fuego de Prometeo que volviera a encender tu luz.

Cuando haya arrancado tu rosa, no podré darla de nuevo su potencia vital. Necesariamente habrá de marchitarse."

Siento tu beso posándose sobre mi cuello...

"¡Quiero aspirarla en el tallo!- ¡Oh, aliento embalsamado que casi persuade a la justicia a romper su espada! - ¡Uno más! ¡Otro aún! ¡Quédate así, cuando estés muerta y te mataré, y acto seguido volveré a amarte! ¡Otro más! ¡El último!... ¡Nunca beso tan dulce fue tan fatal!... ¡Fuerza es que llore!... Pero son lágrimas crueles... ¡Este dolor es celestial; hierre allí donde ama!-"

... y despierto. Y te miro a los ojos dulcemente intentando apagar la llama enfurecida de ellos. Y te invito a mi lecho.

Me preguntas si he rezado, si es que mi espíritu está limpio.

Sospecha, recelo, celos enfermos...

Las almas celosas no necesitan motivo. Son celosas porque son celosas. Y nunca son celosas por lo que ven, sino les basta con lo que imaginan, ensoñación que engrandecen y, cuanto más engrandecen y subliman, más les alimenta.

"Los celos son un monstruo que se engendra y nace de sí mismo."

Y he de entender que no son otra cosa sino celos

los que enfundan esas manos tuyas que atenazan mi cuello...

Adiós al Amor.

"Oídme una palabra, nada más, y luego os iréis. He servido bien y lealmente a la República, y ella lo sabe, pero no tratemos de eso. Sólo os pido por favor una cosa: que cuando en vuestras cartas al Senado refiráis este lastimoso caso, no tratéis de disculparme, ni de agravar tampoco mi culpa. Decid que he sido un desdichado: que amé sin discreción y con furor, que aunque tardo en recelar,

me dejé arrastrar como loco por la corriente de los celos: decid que fui tan insensato como el indio que arroja al lodo una pieza preciosa que vale más que toda su tribu. Decid que mis ojos, que antes no lloraban nunca, han destilado luego largo caudal de lágrimas, como destilan su balsámico jugo los árboles de Arabia. Contádselo todo así, y decid también que un día que en Alepo un turco puso la mano en un veneciano, ultrajando la majestad de la República, yo agarre del cuello a aquel perro infiel y le maté así”.

Adiós a los Celos.

Adiós, mi señor.

Adiós, Otelo.

Cae el telón.

Desdémona

Notas:

(1) Alphonse Karr, escritor francés (1808-1890)

- Los textos en cursiva corresponden a “*Otelo*”, de William Shakespeare, en su versión ofrecida por www.bibliotecasvirtuales.com

Sandra M^a Cerro

Grafóloga

www.sandracerro.com